



VENID A ADORARLE

ENERO 2014



MISIÓN MADRID

Congregado el pueblo, que puede entonar algún canto, si se juzga oportuno, el ministro se acerca al altar. Si el Sacramento no se conserva en el altar en que se va a tener la exposición, el ministro, cubierto con el paño de hombros, lo traslada desde el lugar de la reserva, acompañándole algún ayudante o algunos fieles con cirios encendidos. Expuesto el santísimo Sacramento, si se emplea la custodia, el ministro incienso al Sacramento.

1. Canto para la Exposición

*Gloria, Gloria, Gloria, Gloria, a Jesús el Señor,
al Cordero de Dios.
Al nombre sobre todo nombre.*

*A Jesús el Señor, al Cordero de Dios.
Al nombre sobre todo nombre.
Al nombre sobre todo nombre. (2)*

2. Lectura de un texto bíblico

Del evangelio según san Juan

Jn 1,29-34

Al día siguiente, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:

-«Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo dije: "Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo" Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel».

Y Juan dio testimonio diciendo:

-«He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Me dijo: Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua "Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo." Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios».

3. Oración en silencio

4. Canto

Véante mis ojos, dulce Jesús bueno;
véante mis ojos, muérame yo luego.

Vea quien quisiere rosas y jazmines,
que, si yo te viere, veré mil jardines;
flor de serafines, Jesús Nazareno,
véante mis ojos, muérame yo luego.

No quiero contento, mi Jesús ausente,
pues todo es tormento a quien esto siente;
sólo me sustente tu amor y deseo,
véante mis ojos, muérame yo luego.

Gloria, gloria al Padre, gloria, gloria al Hijo,
gloria para siempre igual al Espíritu.
Gloria de la tierra suba hasta los cielos.
Véante mis ojos, muérame yo luego.

5. Lectura de un texto del Magisterio de la Iglesia

De la Encíclica del Papa Francisco, *Lumen Fidei* (30-31)

La conexión entre el ver y el escuchar, como órganos de conocimiento de la fe, aparece con toda claridad en el Evangelio de san Juan. Para el cuarto Evangelio, creer es escuchar y, al mismo tiempo, ver. La escucha de la fe tiene las mismas características que el conocimiento propio del amor: es una escucha personal, que distingue la voz y reconoce la del Buen Pastor (cf. *Jn* 10,3-5); una escucha que requiere seguimiento, como en el caso de los primeros discípulos, que «oyeron sus palabras y siguieron a Jesús» (*Jn* 1,37). Por otra parte, la fe está unida también a la visión. A veces, la visión de los signos de Jesús precede a la fe, como en el caso de aquellos judíos que, tras la resurrección de Lázaro, «al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él» (*Jn* 11,45). Otras veces, la fe lleva a una visión más profunda: «Si crees, verás la gloria de Dios» (*Jn* 11,40). Al final, creer y ver están entrelazados: «El que cree en mí [...] cree en el que me ha enviado. Y el que me ve a mí, ve al que me ha enviado» (*Jn* 12,44-45). Gracias a la unión con la escucha, el ver también forma parte del seguimiento de Jesús, y la fe se presenta como un camino de la mirada, en el que los ojos se acostumbran a ver en profundidad. Así, en la mañana de Pascua, se pasa de Juan que, todavía en la oscuridad, ante el sepulcro vacío, «vio y creyó» (*Jn* 20,8), a María Magdalena que ve, ahora sí, a Jesús (cf. *Jn* 20,14) y quiere retenerlo, pero se le pide que lo contemple en su camino hacia el Padre, hasta llegar a la plena confesión de la misma Magdalena ante los discípulos: «He visto al Señor» (*Jn* 20,18).

¿Cómo se llega a esta síntesis entre el oír y el ver? Lo hace posible la persona concreta de Jesús, que se puede ver y oír. Él es la Palabra hecha carne, cuya gloria hemos contemplado (cf. *Jn* 1,14). La luz de la fe es la de un Rostro en el que se ve al Padre. En efecto, en el cuarto Evangelio, la verdad que percibe la fe es la manifestación del Padre en el Hijo, en

su carne y en sus obras terrenas, verdad que se puede definir como la «vida luminosa» de Jesús. Esto significa que el conocimiento de la fe no invita a mirar una verdad puramente interior. La verdad que la fe nos desvela está centrada en el encuentro con Cristo, en la contemplación de su vida, en la percepción de su presencia. En este sentido, santo Tomás de Aquino habla de la *oculata fides* de los Apóstoles —la fe que ve— ante la visión corpórea del Resucitado. Vieron a Jesús resucitado con sus propios ojos y creyeron, es decir, pudieron penetrar en la profundidad de aquello que veían para confesar al Hijo de Dios, sentado a la derecha del Padre.

Solamente así, mediante la encarnación, compartiendo nuestra humanidad, el conocimiento propio del amor podía llegar a plenitud. En efecto, la luz del amor se enciende cuando somos tocados en el corazón, acogiendo la presencia interior del amado, que nos permite reconocer su misterio. Entendemos entonces por qué, para san Juan, junto al ver y escuchar, la fe es también un tocar, como afirma en su primera Carta: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos [...] y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida» (1 Jn 1,1). Con su encarnación, con su venida entre nosotros, Jesús nos ha tocado y, a través de los sacramentos, también hoy nos toca; de este modo, transformando nuestro corazón, nos ha permitido y nos sigue permitiendo reconocerlo y confesarlo como Hijo de Dios. Con la fe, nosotros podemos tocarlo, y recibir la fuerza de su gracia. San Agustín, comentando el pasaje de la hemorroísa que toca a Jesús para curarse (cf. Lc 8,45-46), afirma: «Tocar con el corazón, esto es creer». También la multitud se agolpa en torno a él, pero no lo roza con el toque personal de la fe, que reconoce su misterio, el misterio del Hijo que manifiesta al Padre. Cuando estamos configurados con Jesús, recibimos ojos adecuados para verlo.

6. Oración en silencio

7. Preces

Demos gloria y honra a Cristo, que puede salvar definitivamente a los que, por medio de él, se acercan a Dios, porque vive siempre para interceder en favor nuestro, y digámosle con plena confianza:

Acuérdate de tu pueblo, Señor

- Señor Jesús, Sol de justicia que iluminas nuestras vidas, al llegar al umbral de la noche, te pedimos por todos los hombres; que todos lleguen a gozar eternamente de tu luz, que no conoce el ocaso.
- Guarda, Señor, la alianza sellada con tu sangre, y santifica a tu iglesia, para que sea siempre inmaculada y santa.
- Acuérdate de esta comunidad aquí reunida, y que tú elegiste como morada de tu gloria.
- Que los que están en camino tengan un viaje feliz, y regresen a sus hogares con salud y alegría.
- Que la Iglesia en Madrid anuncie en este tiempo de Misión el evangelio de Jesucristo con fidelidad y alegría a aquellos que no lo conocen.
- Acoge, Señor, las almas de los difuntos y concédeles tu perdón y la vida eterna.

Padre nuestro

Es justo y necesario,
es en verdad nuestro deber y salvación
ofrecerte el sacrificio de alabanza,
Señor, Padre santo, Dios omnipotente y eterno;
por Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro.
Lo que prefiguró Abel,
lo que mostró el cordero pascual,
lo que celebró Abrahán,
lo que manifestó Melquisedec,

se ha cumplido en Jesucristo nuestro Señor,
verdadero Cordero y Sacerdote eterno.
Por todo esto los querubines se alegran,
los serafines se glorían santamente con gozo,
los veinticuatro ancianos
y los seres llenos de ojos y con seis alas,
llenos de júbilo, en el cielo,
entonan juntos con vigor un himno, diciendo:
Santo, Santo, Santo eres Tú, Señor,
Dios del Universo.
R. *Sólo Tú eres Santo, Señor.*

Al acabar la adoración el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión sencilla, y se arrodilla a continuación, y se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto el ministro arrodillado incienso al santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia.

8. Canto eucarístico

Cantemos al Amor de los amores,
cantemos al Señor; Dios está aquí;
venid, adoradores, adoremos a Cristo Redentor.
Gloria a Cristo Jesús, cielos y tierra, bendecid al Señor.
Honor y gloria a Ti, rey de la Gloria.
Amor por siempre a Ti, Dios del Amor.

9. Oración

Concédenos, te rogamos, Señor y Dios nuestro,
celebrar con dignas alabanzas
al Cordero que fue inmolado por nosotros
y que está oculto en el Sacramento,
para que merezcamos verle patente en la gloria.
Por Jesucristo nuestro Señor.

10. Bendición y reserva

Dicha la oración, el sacerdote o diácono, tomando el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o copón y hace con él en silencio la señal de la cruz sobre el pueblo.

Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, si se juzga oportuno, hace alguna aclamación y finalmente el ministro se retira.

11. Aclamación

Te damos gracias, Señor, de todo corazón.
Te damos gracias, Señor, cantamos para Ti.